Lizbeth

Por J. R. Spinoza

¿Cómo será no existir? Disolverse en el vacío. ¿A quién le cuento esto? ¿A mí? A veces solo nos tenemos a nosotros. A veces ni eso. No creí que fuese a terminar así.

La primera vez que Lizbeth me visitó en sueños estuve muy feliz.

–Estás soñando –me dijo mirándome fijamente con sus ojos grandes y azules.

–¿Qué cosas dices? Entonces, ¿eres producto de mi imaginación?

–No, he venido desde mi sueño a jugar contigo. ¿No me crees? Está bien. Intenta cambiar el escenario. Piensa en otro lugar.

Le obedecí y pasamos del cuarto de mi casa a una soleada playa que visité con mis padres hace un par de meses. No fue como en aquellas películas en las que en los sueños se abre una puerta y esa puerta da a otro lugar. Tampoco comenzó a materializarse la playa poco a poco. No. Fue instantáneo. La décima parte de un segundo.

En ese momento desperté.

La noche siguiente Lizbeth volvió.

–Te fuiste muy rápido. Solo debes concentrarte en seguir soñando –me dijo después de volverme a convencer que estábamos dentro de mi sueño.

–¿Qué podemos hacer aquí?

–Podemos ser lo que queramos. Juguemos el juego de la transformación.

Lizbeth tenía la cara redonda, la piel blanca y el cabello de un café cercano al rubio. Había sido mi amiga desde la primaria. Me gustaba desde hacía tres años, pero siempre temí que decirle arruinaría nuestra amistad. ¿Hubiese cambiado algo de habérselo dicho? ¿Quizá?

Le pedí a Lizbeth que me explicara el juego.

–Yo me transformo en algo, luego tú te transformas en algo que lo derrote.

Y pierde el que se queda sin ideas.

–Está bien, comienza tú.

–Soy un bello pajarito –dijo Lizbeth que tomó la forma de una pequeña ave–. Te toca –me dijo. En el sueño podíamos hablar siendo animales y respirar bajo el agua.

–Soy una tarántula goliat –dije, al momento que sentí mis brazos delgados y mi visión fragmentada. Brinqué sobre Lizbeth y le di una mordida. Sentí sus huesos romperse. Me preocupé hasta que la escuché reír.

–No seas tontito, no puedes morir en un sueño –de un momento a otro había desaparecido de mi mandíbula y estaba frente a mí, riendo con la cara roja como tomate. Me encantaba verla ponerse de ese color–. ¡Voy! Soy una rana toro.

Liz se transformó en la rana más grande y fea que haya visto, antes de que pudiera comerme cambié mi forma a la de una *crotalus* y le di una veloz mordida. Soné mi cascabel para indicarle que iba por más.

La rana que era Lizbeth se retorció un poco hasta que dejó de moverse. Al segundo transmutó en un águila real. Me atrapó en sus garras y me elevó al cielo.

Estaba perdiendo. ¿Qué animal puede vencer al águila?, pensé en un tigre, pero la caída me mataría. Luego se me ocurrió la idea. Crecí en todas direcciones y en poco tiempo Liz fue incapaz de seguirme sujetando. Me había transformado en un pterodáctilo.

–¡Ey, eso es trampa!

–No especificaste las reglas.

–Ya verás.

Mi amiga desapareció. Creí que se había ido hasta que vi que una enorme roca obstruyó el sol. Un meteorito.

A la mañana siguiente me visitó en persona.

–Me divertí mucho anoche.

–Entonces, ¿fue real?

–Sí, deberíamos jugar diario.



Ilustración: Gerardo Mercado



Me volví muy bueno en el juego. Una parte de mí siempre esperó que ella se hartara de eso y pasáramos a otro tipo de juegos. Cuando pidió quedarse conmigo, creí que mi suerte cambiaba.

–¿Quedarte en mi sueño?

–No en tu sueño, en tu mente. No volver a mi cuerpo.

–Si no vuelves a tu cuerpo, entonces, ¿no despertarás?

–Correcto.

–¿Y por qué querrías tal cosa?

–Quiero estar contigo… además, mi padrastro… am… no importa… si quieres que me vaya, me iré.

–No –corrí a abrazarla–. Quédate conmigo cuanto quieras.

Nos divertimos mucho los siguientes días. Era como tener un copiloto dentro de mi cabeza.

–La comida de tu mamá es muy rica, pídele otra papa rellena.

–Está bien, no tengas miedo, quiero verlo. ¡Wow! Está grandote.

–Sí, es un lunar de nacimiento, ¿no te da asco?

–No, creo que es genial.

–Llamó la madre de Lizbeth –dijo mamá una mañana–. Está en el hospital.

Me sugirió ir a verla. Salí de casa a las diez y al siguiente momento eran las nueve de la noche. Descubrí un taco de billar en la mano y el olor a cigarro en el aire.

"¿Qué hago aquí?".

"Tenía ganas de jugar".

"Tú me trajiste, ¿dónde estuve?".

"No estuviste. Estarás mucho menos a partir de ahora. Lo siento, dos tigres no pueden regir sobre una misma montaña".

J. R. Spinoza (José Rodolfo Espinosa Silva) es licenciado en Educación Primaria. Docente frente a grupo para la SEP desde 2013. Escritor y columnista. Primer lugar en el Noveno Concurso de Cuento Infantil convocado por la UAEMéx. Mención Honorífica en el Premio Nacional de Cuento "Gabriel Borunda" 2022. Becario del PECDA Tamaulipas emisión 23, en la categoría de Jóvenes Creadores por novela. Finalista en el Primer Concurso Nacional de Poesía Emergente "Antonio Alatorre". Finalista en el concurso internacional de minificción "Mi vía de escape", de Chile. Ha publicado *El regreso de los dioses: La batalla de Folkvangr* (Caligrama, 2019, España), *Los deseos de Serena* (Catarsis Literaria, 2021, México), *Adversus Diaboli* (Ómicron Books, 2021, Ecuador).